

1

LA MISIÓN DEL ELEGIDO

I

La única luz en aquel paraje desolado alumbraba desde la cima de la torre más alta de La Fortaleza. Cinco meses de noche continua la habían convertido en un faro en aquel mar de sombras; como debía ser, había sido y, cada vez que hubiera una noche sin fin, sería. Impedía que los habitantes de Vãudiz languidecieran, porque, mientras aquella luz brillara, habría esperanza. Rexus no habría vencido hasta que la luz de la Torre de Luna desapareciera.

En una sala alargada y desnuda situada varios pisos más abajo, la luz se filtraba por las ventanas que se abrían en la parte superior de los muros. En la sala había únicamente un mueble: una silla austera de tres patas donde se sentaba un hombre encapuchado. Mientras sus dedos jugueteaban con una singular pipa que parecía más bien una flauta de madera rojiza, el hombre meditaba.

Todos los habitantes de Vãudiz suponían que Rexus estaba tranquilo y satisfecho, cuando en realidad se sentía inquieto. Desde que había regresado a La Fortaleza la presencia constante de Rea lo había mantenido despierto y alerta. La imaginaba, la oía, la veía y la sentía. Al cerrar los ojos le parecía que

Rea jamás había abandonado La Fortaleza. Sus palabras todavía resonaban por todos los rincones, recordándole constantemente lo que había descubierto al enfrentarse a Nannerl. Rea lo había dispuesto todo para que él no pudiera cumplir su objetivo.

Rexus se llevó la pipa a los labios y, al cabo de unos minutos, exhaló un extraño humo marrón que formó aros sobre su cabeza. El signo de Rea apareció una y otra vez, porque eso era lo que cruzaba su mente desde hacía horas.

¡Ella lo había arruinado todo! Rexus estaba por cumplir su promesa, formulada antes de abandonar La Fortaleza, y dirigirse al hogar de las brujas. Rea era la única que sabía cómo vencerlo y quién era, pero ella no hubiera podido tomar una espada y enfrentarse a él, pues se habría desmoronado. Primero había transmitido su conocimiento a Alejandrina y ahora se lo había legado a su heredera.

Rexus se levantó. Caminó por la habitación evitando los lugares donde la luz golpeaba el suelo, sin prestar atención al eco que sus pasos producían. Volvió a fumar y alzó la cabeza para exhalar una enorme bocanada hacia el techo. El humo ascendió y en cuanto perdió fuerza se precipitó hacia Rexus como una cascada. En su caída formó una cadena de figuras inconexas, que, al verse libres, recorrieron la estancia a toda velocidad.

Rexus observó los últimos vestigios del pesado humo caer ante él. La nube yació unos segundos a sus pies antes de alzarse y cobrar una forma concreta. Se convirtió en una mujer menuda, delgada y de porte elegante. El humo se matizó, tomó colores distintos y se transformó en una réplica exacta de su antigua cómplice. Rea lo miró de la misma forma que lo había visto antes de salir de La Fortaleza: con repulsión, pues acababa de traicionarla. Rexus sabía que aquella terrible noche había sido un imbécil. Había subestimado los sentimientos de Rea y por eso había pagado el precio.

—¡Te destruiré! —dijo la criatura de humo con la misma voz que recorría La Fortaleza—. ¡Juro que te destruiré! Aunque sea lo último que haga, aunque me tome mil años, ¡voy a destruirte!

Rexus hizo una mueca ante aquellas palabras. Rea lo miraba con odio a través de las lágrimas que se negaba a derramar, igual que aquella fatídica noche. Tomó la pipa con las dos manos y la alzó sobre su cabeza. La pipa se transformó en una espada larga, delgada y brillante, que parecía de cristal. Con un movimiento certero, Rexus traspasó la copia de Rea con la espada y, al hacerlo, dio un paso hacia la luz y su capucha se deslizó hacia atrás. Rea lanzó un grito de dolor, se dobló sobre sí misma y se convirtió en un remolino de humo marrón que no tardó en cobrar una nueva forma. Una vez más, una muchacha se presentó ante Rexus, pero ésta era mucho más joven que la anterior y también menos poderosa.

Sus ojos grises llenos de miedo se movieron rápidamente, tratando de descifrar dónde se encontraba. Rexus sonrió cruelmente al ver a la joven, quien, al observar su rostro lanzó un quejido asustado. La espada recuperó su forma de extraña pipa y Rexus se la llevó a los labios y soltó una bocanada. Ésta rodeó a la joven, que se contrajo, trató de empequeñecerse y esconderse. Era tan débil, tan parecida y al mismo tiempo tan distinta de Rea, tan llena de potencial.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Rexus con voz suave y aterciopelada.

La niña levantó los ojos. Algunos mechones de su cabello chocolate le cayeron por la cara. Parecía azorada por encontrarse frente a él vestida como una colegiala, con el paraguas entre las manos y la mochila al hombro. Contempló los rasgos de Rexus con cierto miedo, que gradualmente se convirtió en fascinación. Él se había inclinado hacia ella, haciendo que la luz golpeará directamente su rostro. La niña abrió y cerró la boca varias veces, dudando. Rexus volvió a rodearla con humo marrón, a lo que ella ocultó nuevamente el rostro.

—Déjame en paz —rogó—. Por favor, déjame en paz. No quiero estar aquí.

—¿Cómo te llamas?

La criatura de humo levantó la cabeza tímidamente. Abrió la boca dispuesta a contestar cuando la puerta que Rexus tenía detrás se abrió. Ante esto, la criatura lanzó un grito, se contrajo y se convirtió en una burbuja de humo marrón. Rexus frunció el ceño. Tomó la pequeña esfera, la introdujo en la pipa y la hizo desaparecer. Se acomodó la capucha sobre la cabeza y luego se volvió para ver quién lo había interrumpido.

Una mujer alta, de una delgadez enfermiza y rasgos alargados, se encontraba de pie en el umbral. Rexus le hizo una seña para permitirle el paso. La mujer sonrió y avanzó. Chorreaba agua, como si acabara de salir de un lago, y dejaba un rastro de gotas a su paso. Tenía un andar felino, la piel tan pálida que resplandecía, el cabello plateado, largo y lacio como una cortina, y los ojos rojos. Portaba la sonrisa cruel que tan bien la caracterizó durante la primera guerra, la misma que sus adversarios temían y sus víctimas recordaban con terror, sobre todo porque en vez de dientes tenía largos colmillos. Vestía una falda color arena rajada a ambos lados, que parecía más bien un largo taparrabos que una falda, y un corsé del que colgaba una hilera de cuchillos curvos.

—Rexus —dijo antes de hincarse ante él—, ¡cuánto tiempo sin verte!

—Dreide —respondió él, escupiendo la palabra con desagrado—, has hecho bien en acudir, aunque interrumpiste algo importante.

—Jugar con tus criaturas de humo no nos ayudará. El ejército, en cambio...

Rexus hizo un ademán ordenándole que callara, la observó un segundo y luego caminó hasta la silla de madera, donde volvió a sentarse.

—No me hables del ejército. Tú y Arzel deberían conformarse con las sombras.

—Pero son un montón de espectros que recorren Vâudiz sin control alguno. ¡No podemos trabajar así, Rexus! Y además...

—¡Silencio! —ordenó él, levantándose. Ella calló al instante—. Recuérdame, Dreide, ¿cuándo te dije que podías llamarme por mi nombre, como mi igual?

—Cuando nos conocimos —dijo ella sin levantar la mirada—. Cuando me vendí a ti y a tus anhelos en cuerpo y alma.

—Correcto. Te *vendiste* a mí. Soy lo único que te queda y lo único que te hará llegar hasta tu objetivo, así que no vuelvas a levantarme la voz o a cuestionar mis decisiones. No eres nadie para hacerlo.

Rexus se acercó hasta ella. La tomó de la barbilla y alzó su cara. Aunque Dreide deseaba mirarle a los ojos, los rehuyó. Cinco siglos habían hecho que ella olvidara cómo se sentía bajo los ojos negros de Rexus, que la hacían temblar y querer esconderse, aunque, al mismo tiempo, deseara permanecer observándolos por toda la eternidad, fascinada por el poder que se escondía en ellos.

—Niña tonta, ni siquiera Rea osaba oponérseme.

—Rea te abandonó —contestó ella con fiereza—. Yo también podría...

—Tú no eres Rea y jamás lo serás.

Rexus soltó su barbilla y volvió a sentarse en la silla. La mujer continuó con la mirada fija en el suelo. Lo odiaba. Lo odiaba con todo su ser porque no podía odiarlo del todo y porque él tenía razón, él era lo único que le quedaba.

—¿Qué debo hacer? ¿Por qué me llamaste, Rexus?

—Ahora que Arzel no está aquí, debo, como entenderás, darte una misión —comenzó mientras se acomodaba la capucha de la capa—. Necesito que te encargues de algunos problemas que Rea dejó en nuestro camino. —Hizo una pausa por si Dreide

quería comentar algo, pero ésta permaneció en silencio, así que Rexus continuó—. Dos personas tienen la clave para vencerme. Una de ellas tiene los recuerdos de Rea, pero no logrará entenderlos sin la otra persona, que se encuentra demasiado lejos para ayudarla y, además, todavía no tiene idea de lo que sabe. Rea, sin embargo, se encargó de crear un puente entre ellas, de modo que debes evitar por todos los medios que la persona que hará de puente las conecte. La primera de estas tres personas, la princesa Nannerl, ha cruzado las montañas y se encuentra cada vez más cerca. La segunda es una muchacha de otro mundo llamada Irene, a quien Arzel no ha logrado atrapar. A la princesa, destrúyela, a Irene tráela ante mí con vida.

—¿Y cómo llegaré hasta ella? Si se encuentra en otro mundo...

—Te daré el poder de cruzar entre los mundos —le aclaró, exasperado por la interrupción—. Pero si me traicionas, morirás.

—¿Cómo podría traicionarte? —inquirió Dreide, aunque ambos sabían que ella no obedecía a nadie más que a sí misma.

Rexus asintió, complacido ante la respuesta. Confiaba en ella, porque, a diferencia de Rea, la comprendía. Cerró los ojos. Confiaba más en ella que en Arzel, ya que éste no le sería fiel a nadie más que a Rea, y Rexus lo sabía.

—A la princesa, deberás destruirla lentamente: atácala donde más le duela. La haremos dudar, que no sepa de quién fiarse, y cuando se encuentre sola, la usaremos.

Ella sonrió con malicia, saboreando ya lo que tendría que hacer.

—¿Y el puente? ¿Cómo destruiré la vía entre ellas?

Antes de que Rexus pudiera contestar, el cuarto quedó sumido en la oscuridad. Por primera vez en siglos la luz de Váudiz se extinguió, para sorpresa de ambos. Un temblor recorrió La Fortaleza. Dreide cayó al suelo y la silla de Rexus se volcó,

pero él no se movió, sino que quedó suspendido en el aire, con los ojos fijos en la puerta, que se abrió con estruendo, como azotada por el viento. En el umbral estaba Rea, de pie. Idéntica a la figura de humo que Rexus había creado. La emperatriz dio varios pasos y se adentró en la sala. Pasó junto a Dreide, que la miraba con odio, y se inclinó hacia Rexus. Por un segundo, los dos se miraron y ella sonrió.

—No podrás vencerme —le susurró Rea al oído—. No sabes a lo que te enfrentas.

Antes de que Rexus pudiera replicar, las puertas se cerraron de golpe y la luz de Vâudiz volvió a brillar en la Torre de Luna.

—¿Qué fue eso? —preguntó Dreide con un leve temblor en su voz—. ¿Cómo puede ser que ella...?

—Rea no está aquí. Fue una proyección. Rea ha conectado los dos mundos. Eligió un puente. —En el rostro de Rexus se dibujó una amplia sonrisa—. Dice que no sabemos a qué nos enfrentamos, pero lo sabemos bien, Dreide. Él es su elegido, ha despertado sus poderes, lo ha traído hasta nosotros, pero no se atrevió a unirlo a Nannerl aún. —Lanzó una carcajada—. Ése será su gran error. Separados podremos destruirlos con mayor facilidad. Nunca deben encontrarse. —Rexus puso sus manos en los hombros de Dreide, que se tensó ante el contacto—. ¿Sientes al otro? Te elijo a ti, Dreide, para que lo destruyas. Su elegido no podrá contigo, pues no sabe cómo controlar los poderes que ella ha despertado en él. Así que búscalo en cualquier tiempo y mátalos; acorrálos a Irene hasta que se rinda ante nosotros, y destruye a nuestra princesa hasta que prefiera morir. Nunca se encontrarán. Rea confía ciegamente en ellos, y ésa será su perdición.

Dreide sonrió ampliamente, su corazón latía excitado, sospechando lo que se acercaba. Rexus se levantó y dio varios pasos lejos de ella. Dreide lo siguió con la mirada. Una luz púrpura la rodeó. Un olor acre, como si algo se pudriera, llegó hasta

su nariz. La luz púrpura se aclaró, se llenó de destellos que ella ni siquiera miró. Cuando la luz adquirió una tonalidad plateada, Dreide gritó, presa de un terrible dolor. Sintió que alguien despedazaba una parte de su ser, la arrancaba brutalmente y la lanzaba a un lado. Todas sus fuerzas la abandonaron y por un segundo se sintió mareada y perdida. No supo dónde se encontraba o cómo moverse. Poco a poco recuperó sus fuerzas, como si alguien se las inyectara lentamente, y se sintió caer en un remolino de colores que aumentó su confusión.

Al cabo de unos segundos, tras un rugido ensordecedor, todo había terminado: Dreide ya no estaba allí. Rexus sabía bien lo peligroso que era liberar a un demonio como aquél y mandarlo en pos de los tres niños, pero si iba a luchar contra Rea tenía que adelantársele cuanto le fuera posible.

Exhaló una nueva bocanada de humo y, por segunda vez, apareció frente a él Rea, pero no su cómplice, sino la niña que había creado La Fortaleza y alejado el mar. Ella lo observó con una sonrisa y fue saltando alrededor de la sala, dejando a su paso una estela de humo marrón. Con cada saltó crecía y envejecía hasta que se convirtió en una copia de la Rea que lo había abandonado.

Rexus la observó, mientras ella también lo escrutaba. Le había dejado más de un problema en su camino, pues había traído al presente a sus mayores enemigos para que ayudaran a sus protegidos. Sólo le faltaba que Liz también regresara del exilio para que las cosas se complicaran más.

Pero Liz no regresaría jamás. No podía volver, y los protegidos de Rea eran menos poderosos que Rea misma. Él los destruiría antes de que lo arruinaran. Y en cuanto hubiera terminado con ellos, alcanzaría la victoria. Tendría Vâudiz a sus pies para hacer lo que quisiera.

Rea pareció adivinar sus pensamientos, pues le sonrió con complicidad, se le acercó hasta quedar a un palmo de su cara y le dedicó las únicas frases que él no habría esperado, porque

por un segundo le pareció que la figura de humo cobraba vida propia y Rea se materializaba frente a él, tan real como no lo había sido a lo largo de toda esa hora.

—No creas que vas a librarte de mí. No te será tan fácil. Te destruiré. Verás lo que se siente.

Rexus la observó un momento, luego alzó la pipa y la hirió con ella en el estómago, provocando un grito que hizo retumbar La Fortaleza y todo Vâudiz.

II

Erick abrió los ojos. Lo primero que vio cuando logró enfocarlo fue a una mujer al otro lado de la habitación, envuelta en las sombras de la esquina. Estaba de espaldas a él, pero podía oír claramente como sumergía algo en agua y volvía a sacarlo, una y otra vez. Le dolía la cabeza, tenía náuseas y sed. De hecho, se sentía cómo si la noche anterior hubiera bebido demasiado. ¿Cuánto hacía que no se encontraba así? Probablemente desde que había dejado de ver a Adam.

¿Qué había sucedido? La habitación le resultaba totalmente extraña, nunca antes había estado en ella. Era de noche y un viento tibio y dulzón entraba por la ventana abierta cerca de su lecho. Las cortinas blancas brillaban ante la luz del jardín y se abombaban rítmicamente. Un olor a especias llenaba la habitación y Erick alcanzó a oír el canto de las cigarras. La cama era mullida y, aunque le dolía la cabeza, no recordaba haber estado en un lecho tan agradable en mucho tiempo. Se acomodó entre las sábanas, extrañado de no sentir calor alguno. De hecho, se sentía seguro.

La mujer se giró para verlo, y todo lo que había pasado volvió a la mente de Erick y alteró su tranquilidad. El pozo, la conversación con Paulo y las batallas con Arzel regresaron para acrecentar su mareo.

Se incorporó enseguida, pero el cuarto dio vueltas a su alrededor y todo se desenfocó. La mujer dio varios pasos hasta llegar junto a él y puso la mano derecha en su hombro. Erick la observó atónito, mientras ella lo obligaba a recostarse una vez más. Aunque todavía no se acostumbraba a la oscuridad de la habitación, distinguía, gracias a la débil luz que entraba por la ventana, que ella era una mujer madura, aunque no pudiera verle el rostro. Esto lo incomodó, pues sentía que ella lo observaba fijamente. Le daba miedo porque aquel simple apretón sobre su hombro le había producido una descarga y escalofríos.

—Recuéstate y abre la boca —le dijo la mujer, sin soltarlo. Erick hizo lo primero, pero no lo segundo. La mujer sonrió, o por lo menos así lo creyó Erick, que seguía sin verle la cara—. No voy a envenenarte. Confía en mí.

Erick apartó los ojos, pero abrió la boca. Varias gotas de un líquido helado y refrescante resbalaron por un paño y cayeron dentro de su boca. No pudo precisar el sabor, pues era dulce y ácido a la vez, no se parecía a nada que hubiera probado antes. Poco a poco, el mareo se le fue pasando y se le alivió el dolor de cabeza. Se acomodó entre las almohadas y las sábanas y cerró los ojos dispuesto a dormir de nuevo.

—No —dijo la mujer, con voz queda, pero autoritaria—. No tenemos mucho tiempo y has dormido todo el día. Debemos devolvarte al tiempo al que perteneces. No puedo tenerte aquí mucho más. Podríamos cambiar algo. —Se levantó—. Vamos, ya es hora.

Una luz se encendió y los iluminó a ambos. Erick abrió los ojos y parpadeó varias veces para acostumbrarse al resplandor. Provenía de una pequeña llama verde que yacía dentro de un frasco. Sorprendido, dirigió su vista hacia la mujer para pedir explicaciones, pero, en cuanto la vio, se quedó sin palabras.

La conocía, pues la había visto en sueños durante todo el año. Siempre había creído que soñaba aquello porque pensaba

demasiado en el cuento de Irene. Solía soñar después de un ataque de Arzel o de un capítulo especialmente interesante de la historia de su amiga, pero jamás había creído que se encontraría con Rea sentada a su lado. Se veía más vieja que en los sueños, su cara ya la surcaban varias arrugas y en sus manos habían comenzado a aparecer manchas oscuras, pero sus ojos seguían siendo del mismo azul cobalto y, más que nunca, irradiaban poder. Le costó trabajo entender lo que sucedía. Su mente le gritaba que se había vuelto loco y, por un segundo, temió que así fuera. Se pellizcó el brazo derecho y cerró los ojos ante el dolor. No era un sueño, eso seguro, pues le había dolido.

—Tenemos poco tiempo, Erick —dijo Rea rápidamente—. No estaba previsto que llegaras aquí. Ibas a encontrarte con Nannerl cerca de Cilee, pero no pude permitirlo.

—¿Cómo? —preguntó él sin escucharla realmente—. ¿Esto es Vâudiz? ¿No estoy muerto? ¿No estoy soñando? ¿No me he vuelto loco?

Rea pareció divertida ante las preguntas. Le acarició suavemente la cabeza y sonrió con afabilidad. Erick la oyó cantar a media voz y se sintió más tranquilo enseguida.

—No te preocupes por nada —susurró—. Pensé que ya lo habrías asimilado. Sí, estás en Vâudiz. Un Vâudiz pasado, pero Vâudiz. No estás muerto, soñando ni loco. Te traje aquí porque no puedes encontrarte con Nannerl, todavía no. No mientras ninguno de los dos sepa controlar sus poderes.

—¿Poderes? ¿Con Nannerl? —preguntó Erick extrañadísimo: aquello no pintaba bien—. ¿Por qué? ¿Para qué? Yo...

—Le prometí ayuda, tú eras esa ayuda, y aún lo serás cuando estés listo. Pero Rexus adivinó lo que me proponía, y aunque seguramente también sabrá leer este movimiento, el único recurso que me queda es alejarte de Nannerl.

—Pero... pero yo no quiero ayudar a Nannerl. ¡Vâudiz está en guerra! ¡Yo quiero regresar!

Rea se levantó.

—¿A quién le importa lo que tú quieras? Tú vas a ayudarlo, está en tu destino. Desde el momento en que te cruzaste con Irene, estaba en tu destino.

—¡Pero...! ¡El destino no existe! ¡Y yo no quiero estar aquí! ¿Es tan difícil de entender?

Rea lo atravesó con la mirada. Erick sólo quiso ocultarse bajo las sábanas y quedarse allí para siempre. O, mejor todavía, volver y dejar de soñar.

—El destino existe. *Yo* he hecho que aún exista. Ahora ven. Tenemos que apresurarnos. No tardarán en saber que estás aquí.

Erick cerró los ojos y barajó sus posibilidades por un instante. Si estaba en Váudiz, no podría salir sin la ayuda de Rea o Irene. La segunda estaba en otro mundo y lo había lanzado por un tiro de mina. La maldijo mentalmente. A la reina, por otra parte, tendría que convencerla y para eso debía seguirla la corriente por un rato, lo que no parecía tan fácil.

—Bien, bien. Ya voy.

Se levantó y descubrió que estaba vestido como había salido de la casa de la señora Milén esa mañana. Revisó los bolsillos de su chaqueta y encontró una baraja, en los bolsillos del pantalón de mezclilla tenía algunas monedas, su cartera y las llaves de su casa, que supuso no le servirían de nada. Suspiró y se apresuró a seguir a Rea. La cabeza todavía le dolía, pero era un dolor soportable; además, agradecía que el mundo ya no diera vueltas.

Mientras caminaban, Erick comenzó a reconocer el lugar. Cuando cruzaron frente a un gran ventanal, se detuvo de golpe, pues frente a él, a través del cristal, podía ver una selva de árboles inmensos que se cernían sobre un pequeño pueblo amurallado. Zafra.

—Esto es...

—¡Apresúrate! —gritó Rea desde otro pasillo. Erick apenas encontró la fuerza para moverse y caminar.

Se sentía como un perrito faldero al que diesen órdenes. ¡Él no quería ayudar a Nannerl, sólo quería volver a casa! Cruzaron algunos pasillos y bajaron por varias escaleras sin encontrarse con nadie. Erick supuso que sería muy tarde para que los sirvientes aún rondaran por el lugar, pero se sorprendió por la ausencia de guardias. Se detuvieron frente a unas puertas de gran tamaño, que Erick supuso llevarían al exterior.

—Sé que te debo una explicación, y te la daría si contáramos con más tiempo. —Rea lo observó con cierta melancolía—. Sé que sabrás perdonarme por ello.

Erick tenía ganas de gritar que seguro que a ella no le costaría controlar el tiempo y explicarse, pero algo le decía que las cosas empeorarían si gritaba.

—Sígueme, ya casi hemos llegado.

Rea abrió la puerta y salió al exterior. Habían llegado a un jardín que Irene le había descrito muchas veces. Estaba amurallado y no era muy grande. Lo cruzaba un pequeño riachuelo y de uno de los árboles cercanos colgaba un columpio que se movía con un suave chirrido.

Del otro lado del riachuelo, había un pequeño templo de piedra blanca, que tenía aspecto de haberse terminado pocos días antes. Erick sabía que sólo una de las hermanas de Nannerl podía entrar en él, pues solamente los sacerdotes sensibles a la magia tenían permiso para ello. Rea no dio ninguna explicación y lo guió sobre el pequeño puente hasta el edificio. Sacó una pequeñísima llave cobriza de un bolsillo de entre los pliegues de su vestido y abrió la puerta. Se hizo a un lado para que Erick entrara primero y cerró la puerta detrás de ella. Al oír cómo echaba la llave, el chico se asustó. Estaba encerrado en una habitación de gran tamaño en forma de medio círculo. Estaba hecha completamente de madera y todas las paredes estaban desnudas. La puerta apenas se distinguía y, si uno no se fijaba lo suficiente, podía confundirla con los tablones. Del lado opuesto pendía una cortina que ocultaba el resto de la

habitación. En el centro había pilas de cojines y desde el otro lado de la cortina se oía el rumor de agua cayendo.

Rea carraspeó para recuperar la atención de Erick. La llama verde flotaba entre ambos, iluminándolos por igual. Estaba encerrada en un cristal, y Erick, al mirarla, recordó la llama púrpura que seguía a Nannerl a todas partes: aquélla debía ser también una llama guardiana. Una señal de Rea interrumpió sus pensamientos y Erick se apresuró a sentarse en el cojín que ella señalaba sin romper el silencio. La reina lo siguió y no pronunció ni una palabra hasta que ambos se encontraron sentados frente a frente. Erick observó la cortina en el fondo de la habitación con curiosidad. Sentía un ligero hormigueo en la punta de los dedos sólo con verla, y la tentación de correrla y observar qué había atrás era cada vez mayor.

—No puedes pasar allí —le dijo Rea con autoridad al advertir su mirada—. En realidad, muy pocos llegan hasta aquí. Pero tú eres mi elegido y puedes adentrarte en más de uno de mis templos.

—¿Tu elegido? —preguntó Erick—. Es broma, ¿verdad?

—¿Por qué habría de bromear con algo así? —respondió ella, visiblemente molesta—. Llevo muchos años preparándome para cuando Rexus regrese. Necesito a alguien que me ayude, y ese alguien eres tú. Alguien que pueda ayudar a Nannerl a entender mis recuerdos, que sepa que Irene existe y que no esté conectada a la magia.

—Para empezar —la interrumpió Erick cada vez más exasperado— eso de un elegido es algo cliché, ¿no te parece? Y, además, no me has preguntado si quiero ser tu elegido, cosa que, óyeme bien, no quiero ser. Por último, no entiendo cómo puedes saber nada sobre Irene. ¡Te creó ella! Vive en un universo totalmente distinto. ¡No deberías saber nada de ella ni de mí!

Rea sonrió con indulgencia, como si supiera muchas cosas que Erick ignorase. Peor aún, como si no pensara compartirlas con él, lo que molestó a Erick aún más.

—Tranquilízate, Erick. Necesito decirte muchas cosas y tenemos poco tiempo. Se está acercando.

—¿Quién?

—Dreide —dijo Rea—. Es la elegida de Rexus, al igual que tú eres mi elegido. Fue en otro tiempo una persona, pero se vendió a Rexus por venganza en la primera guerra, luego fue maldita y, por eso, apresada en el fondo de un lago, pero ahora ha vuelto. Parece un demonio y en parte es por mi culpa. Rexus y yo experimentamos con las personas, buscábamos una forma de desconectarlas de la magia, y a ella le entregamos un poder increíble, la transformamos por completo. Ahora es un ser cruel que sirve ciegamente a Rexus. Debes tener mucho cuidado.

—Todo esto suena prometedor. En serio, pero no creo que sea para mí —se disculpó Erick, que iba a continuar hablando cuando sintió la mirada de Rea y se calló—. Perdón, ¿decías?

—Mi primer plan era que ayudaras a Nannerl a entender mis recuerdos y a controlar sus poderes, pero sus poderes están fuera de control y no puedo arriesgarme a que tú y ella estén en el mismo lugar. ¡Podrían destruirse! Así que te encomendaré otra misión mientras Nannerl llega hasta ti.

—¿Por qué yo? —preguntó Erick sintiéndose extrañamente pequeño. Rea estaba planeando la destrucción de una persona que no reaparecería en Vâudiz hasta un par de siglos después. ¡Era una locura! ¡¿Cómo podía saber tanto?!—

—Ya te lo he dicho. Desde el momento en que te encontraste con Irene quedaste marcado.

—¿Cómo sabes de Irene? —volvió a preguntar él.

—Todos sabemos de ella, sólo que yo conozco su nombre y los demás, no. No hay quien no sepa que ella existe en algún lugar lejos de aquí. Sólo que no saben que lo saben.

Erick observó el rostro de Rea. Ladeó la cabeza, tratando de encontrarle sentido a sus palabras. ¿Qué quería decir? ¡No entendía nada! Desistió y volvió la mirada hacia una de las paredes del cuarto.

—¿Cuál es la dichosa misión?

—Te estoy obsequiando poderes, así que deberás aprender a controlarlos. Una vez que lo hagas serás capaz de encontrar al Creador. Está escondido en alguna parte de Vâudiz. Yo no puedo devolverte a tu mundo, pero si localizas al Creador, él sí lo hará. Te lo juro. Cuando regreses convencerás a Irene de venir a Vâudiz y ella ayudará a Nannerl. Después, con el Creador, podrán destruir a Rexus. No tienes que inmiscuirte en la guerra si no quieres, podrás quedarte en tu mundo si consideras que no vale la pena luchar por Vâudiz. Nadie te obligará a volver con Irene, ni siquiera yo.

Erick sintió un extraño escalofrío al oír aquel nombre. *El Creador*. Se quedó helado, pues Rea le ofrecía un boleto de regreso. Sólo tenía que encontrarlo y luego podría volver. Ciertamente, no parecía sencillo, sobre todo la parte de los poderes. De hecho, todo lo que decía Rea le sonaba a mala película de artes marciales. Algo como «Pequeño saltamontes, tu destino es entender y sólo así encontrarás el camino» o alguna locura por el estilo. Aun así, había un lado bueno: no tendría que ayudar a Nannerl o vivir en la pesadilla de una guerra, porque ni loco elegiría luchar por Vâudiz.

—¿Cómo lo reconoceré? —preguntó con voz extrañamente trémula.

Rea se acercó a él y lo tomó del brazo derecho. Con brusquedad, levantó la manga de la chaqueta y observó la cicatriz que, por culpa de Arzel, se había hecho meses atrás. Rea puso su mano sobre ella. Erick no pudo evitar soltar un grito. Sintió que la piel se quemaba bajo la presión de su mano. Trató de zafarse, pero sencillamente no pudo, de pronto Rea tenía demasiada fuerza. Apartó la vista y cerró los ojos, que se habían llenado de lágrimas. Pronto, aunque a Erick le parecieron siglos, la presión desapareció, al igual que el dolor. Observó con ojos llorosos su brazo, donde ahora brillaba una marca azul muy extraña: una media luna con un diamante en su cuenca.

—¿Qué...? —preguntó casi gimiendo.

—El Creador tendrá esta marca y estará más cerca de lo que tú crees.

Erick sentía que el dolor lo noquearía en cualquier momento, pero se obligó a observar a Rea.

—¿Cuándo lo encuentre podré regresar?

—Sí, pero Erick...

Un golpe sordo contra la puerta la interrumpió. Rea obligó a Erick a levantarse.

—Tienes que irte. Es Dreide.

Erick seguía aturdido, apenas podía quejarse. A su alrededor, el mundo se enfocaba y desenfocaba continuamente. El dolor de cabeza regresaba.

—El Creador se presentará ante ti cuando estés listo. —Rea lo tomó por el rostro y lo obligó a mirarla—. Si algún día necesitas algo, encontrarás todas las respuestas en el reloj. Por favor, no lo olvides, tienes que proteger a Vâudiz.

Se oyó otro golpe más fuerte en la puerta. Rea miró aterrorizada a Erick, que pudo ver en sus ojos que estaba mintiendo. Algo no estaba bien, algo había dicho que no era cierto. Lo estaba engañando. Un miedo incontenible se apoderó de él.

—¿Cuál es la verdad? —preguntó despavorido. Algo no cuadraba, no sabía qué, pero algo no coincidía—. ¡¿Cuál es la verdad?!

—Intenta comprender a Vâudiz. Escucha bien esto. Vâudiz es magia y una vez que la comprendas podrás cambiarlo todo —le dijo ella, ignorándolo una vez más y rehuyendo su mirada—. Sólo así encontrarás al Creador. Nannerl necesita ayuda. Rexus no puede adueñarse de Vâudiz. ¡No lo permitas! ¡Pretende hacer algo terrible!

—¡¿Cuál es la verdad?! —exigió Erick, fuera de sí. Tomó el brazo de Rea con desesperación—. ¿Cuál? Por favor...

—Tienes que irte —le dijo ella con los ojos anegados en lágrimas. Mentía, Erick, lo sabía. ¡Mentía!

—Pero...

En ese momento se oyó un nuevo golpe. Parecía que un mazo golpeará la puerta, que de pronto se vino abajo. Un vendaval entró en el templo y sacudió la cortina. Erick no alcanzó a ver los rasgos de la extraña visitante que se acercaba por el jardín, aunque distinguió su figura escuálida. Rea se soltó de él y lo empujó tras la cortina antes de que pudiera reaccionar. Mientras caía, trató de asirse a algo, pero sus dedos sólo encontraron la llama verde. Cayó al suelo, rodó del otro lado de la cortina y se golpeó la cabeza. Cerró con fuerza los ojos y resopló. Todo estaba en silencio. Soltó la llama y descubrió que el suelo estaba helado y duro. Abrió los ojos y observó sorprendido la piedra gris. Levantó el rostro y, atónito, miró a su alrededor.

Estaba acostado entre las ruinas de lo que debía haber sido alguna vez una casa. No tenía techo, las paredes estaban derruidas y los pedazos caídos yacían alrededor de ellas. Los vestigios de una escalera ya mohosa se entreveían en una esquina. Erick se levantó lentamente. La llama guardiana se alzó sobre su cabeza, iluminando el lugar un poco más. Hasta donde alcanzaba su vista, se alzaban las ruinas de una ciudad. Un viento helado y ligeramente salobre recorrió las piedras y lo rodeó con su sople. Aquí y allá logró distinguir pequeño cúmulos de nieve. Se abrazó para alejar el frío y dio otra vuelta sobre sí mismo.

¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido ahora?

III

Erick no podía creer lo que había pasado. Segundos atrás había estado en Zafra y ahora se encontraba entre las ruinas de una ciudad. Se levantó y se sacudió un poco, aún confundido. Hacía frío, así que se alegró de llevar una chaqueta, aunque sólo lo cubriera ligeramente.

Comenzó a caminar y fue adentrándose más y más entre las ruinas. A lo lejos logró distinguir algunas casas que todavía quedaban en pie, pero por toda la ciudad crecía un bosque que se comía sus restos. Árboles, enredaderas y matas crecían de las baldosas del suelo, sus hojas oscuras se agitaban con la brisa nocturna, de tal forma que daba la sensación de que la ciudad también se movía. Erick se detuvo después de caminar un par de calles al llegar a una pequeña plaza. ¿Dónde estaba? Primero se había encontrado con Rea, quien le había encomendado una misión incomprensible, para después arrojarlo a una ciudad en ruinas. En realidad no sabía qué prefería. Tal vez hasta la compañía de la misma Rea fuera preferible a esa soledad.

Caminaba en círculos por la plaza cuando sintió un extraño cosquilleo detrás de las orejas, como si alguien lo observara fijamente. Se volvió rápidamente y se encontró con que detrás de él sólo había una casa desvencijada, sin nada de particular, salvo que el número del portal todavía era legible. Un tres metálico brillaba sobre la puerta rota y sin picaporte. Por lo demás, la casa de tres pisos no aguantaría ya mucho. La observó un momento, antes de decidir que estaba paranoico y que no valía la pena preocuparse. Dio un par de pasos para alejarse de ella cuando alguien rompió el silencio.

—¿Quién eres? —la voz femenina estalló por toda la plaza. Erick giró sobre sí mismo buscando a quien hablaba—. ¡¿Quién eres?!

La puerta de la casa número tres estaba abierta y una niña se encontraba de pie en el umbral. Erick sintió un escalofrío al ver que sostenía un arco entre las manos, con la cuerda tensa. Parecía tener dificultades para sujetar bien la flecha, pues le temblaban los dedos. Aun así, a Erick no le cabía duda de que la niña no vacilaría en disparar si él no contestaba correctamente.

—Soy Erick y...

—¿Cómo sabes quién soy?! —chilló la niña. Debía tener alrededor de once años, pero Erick no podía asegurarlo. Estaba muy delgada, como si no se hubiera alimentado bien desde hacía tiempo.

—¿Qué? —preguntó extrañado—. Yo no te conozco, nunca había estado aquí antes y...

—¿Cómo me conoces?! ¡Nadie me conoce! ¡Ni papá me conocía y tú...! ¡No me mires así! ¡No me conoces! —Las manos de la niña temblaron con mayor fuerza hasta que no pudo seguir sujetando el arco y la flecha, que cayeron a sus pies. Las piernas no la sostuvieron tampoco mucho más y se desplomó sobre los escalones.

Erick la observó perplejo. Iba vestida con ropa hecha de retazos, descuidada, en jirones y demasiado grande para ella; probablemente la había robado de las casas. En el suelo y ya sin el arco, se veía pequeña y frágil, aunque Erick sospechaba que en realidad no era así. Algo en su presencia lo había perturbado.

—¿Estás...? —comenzó—. ¿Estás bien?

La niña alzó sus grandes ojos verdes y gatunos.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar, pero esta vez con voz lastimera.

—Ya te lo he dicho. Me llamo Erick, ¿y tú?

La niña frunció el ceño levemente y se levantó. Alzó la mano para que se callara y miró alrededor, en un ademán que a Erick le pareció completamente felino.

—Tenemos que irnos de aquí —contestó la niña. Había recuperado su voz decidida y autoritaria—. Se están acercando. Luego me lo agradecerás por salvarte.

—¿Qué?

Erick miró a su alrededor. ¿Algo más? ¿No había tenido ya un día lo suficientemente difícil? ¿Acaso llegar a otra realidad, descubrir que tenía que encontrar a un creador para salir de ella y ser arrojado a un pozo de mina no era suficiente?

—Son espectros. No podemos dejar que nos atrapen o nos convertirán en uno de ellos —repuso con fuerza.

Tomó el arco y la flecha del suelo antes de echar a correr. Para ella era natural deslizarse entre las piedras y los escombros, sorteando los obstáculos con una agilidad casi felina. Erick trató de seguirla, pero era mucho más lento y torpe. Corrieron por varias calles hasta llegar a un puente de piedra que parecía a punto de romperse. La niña saltó entre las piedras con total precisión, sabiendo exactamente cuáles estaban flojas y cuáles no. Erick por otra parte avanzó despacio y varias veces estuvo a punto de resbalarse hacia el río que corría abajo. Ya casi había terminado de cruzar cuando logró percibir el murmullo que probablemente había alertado a la niña. Sonaba como una banda de guerra que golpeará distintos tambores a gran velocidad, pero lo más perturbador eran los pasos apresurados y nerviosos que se distinguían entre las percusiones.

Aumentó la velocidad, aunque sentía que en cualquier momento tropezaría con alguna piedra y caería al suelo. No se atrevió a mirar atrás por miedo a lo que pudiera encontrar. Se concentró en seguir lo más rápido posible a la niña, que viró abruptamente y saltó por lo que en otro tiempo debía haber sido un ventanal. Erick no dudó en seguirla, pues el sonido se acercaba.

—¡Corres muy lento! —chilló la niña sin volverse a mirarlo.

Erick aumentó la velocidad, pero seguía tropezando con las piedrecillas que no veía. El ruido era cada vez mayor y había algo en él que lo inquietaba. Podía oír el sonido que producía la arena al caer y resbalar sobre un vidrio. Le pareció que aquel sonido que eclipsaba extrañamente a los demás era el que haría el tiempo si se desgarrara, y eso hacía que Erick quisiera parar y volverse para hacer frente a lo que se le acercaba. Se sentía nervioso y estaba a punto de dejarse llevar por su instinto cuando la niña volvió a llamarlo:

—¡Por aquí! —La niña dio otra vuelta y se metió en una arboleda. Erick apenas pudo ver el resplandor negro de su cabello bajo la llama verde mientras saltaba entre las piedras.

Cruzaron una muralla por un camino entre los árboles y la rodearon hasta llegar a una casa situada en las afueras, en el espacio que separaba a la ciudad del bosque que la rodeaba. A esas alturas, Erick ya había alcanzado a la muchacha, así que atravesó la puerta de la casa justo detrás de ella. En el último segundo, sus instintos parecieron ganar, porque se volvió para ver lo que se acercaba. Una manada de criaturas plateadas avanzaba flotando hacia ellos. Atravesaban las cosas como fantasmas, pero parecían niños que corrían entre los árboles.

La niña no le dio tiempo para mirarlos mucho rato, pues empujó la puerta y la cerró inmediatamente al paso de Erick. Enseguida se oyó como si una lluvia de granizo cayera sobre ellos. Los seres plateados rodearon la casa y la embistieron una y otra vez. Por alguna razón que Erick no entendió, la cabaña de madera resistió el ataque. Así que Erick, más tranquilo, se dejó caer en el suelo, exhausto. Del otro lado de la habitación, la niña se hizo un ovillo entre varias mantas. Erick tomó la llama, que brilló con más fuerza, iluminando el único cuarto de la choza. Era un poco más pequeño que un aula para veinte estudiantes y dentro no hacía frío como afuera. Estaba vacío, sin muebles o adornos. Sólo en la esquina donde estaba su acompañante había algunas mantas y telas amontonadas. La niña levantó los ojos y lo observó, antes de darse la vuelta y ocultarse entre las mantas.

Erick le iba a preguntar una vez más cómo se llamaba cuando un nuevo escalofrío lo recorrió. Todos los sonidos desaparecieron y las sombras en la pequeña cabaña se alargaron hasta cubrirlo todo.

Erick trató de decir algo, pero de su boca no salió ningún sonido. La oscuridad creció cada vez más. Cubrió sus pies, subió por sus piernas y lo ahogó. Quiso gritar y no lo logró. Trató

de moverse, pero le fue imposible. Antes de perderse del todo en las tinieblas, oyó el grito de la niña y se estremeció por el terror que distinguió en su voz.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró en un espacio oscuro, que no tenía inicio ni final. La nada parecía rodearlo y oprimirlo. Igual que en la cabaña, aquel lugar estaba en completa oscuridad.

—¿Por qué tienes miedo? —la voz llegó de alguna parte entre las sombras.

Erick siguió observando, porque no estaba seguro de qué esperar. Aquello era otra cosa más que agregar a la lista de rarezas que le habían sucedido ese día. Se sentía en un viaje por una montaña rusa: bajaba y subía una y otra vez sin descanso. Ya sentía mareo de tanto giro inesperado.

—¿Por qué tienes miedo? —repitió la voz, y Erick logró distinguir una figura brillante que avanzaba hacia él. La reconoció enseguida, de la misma forma que había identificado a Rea.

—¿Nannerl? —preguntó, y su voz resonó por todo el lugar. La joven miró extrañada a su alrededor.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?

—Me llamo Erick.

Cuando Nannerl por fin posó sus ojos en él, Erick tuvo la sensación de que la conocía tan bien como a sí mismo. Quedó prendado al instante y quiso hablarle para saberlo todo sobre ella. Deseaba conocerla mejor, y en realidad ya lo estaba haciendo, porque era como si una conexión se hubiera formado entre ellos en el momento de cruzarse sus miradas.

—¿Por qué siento que te conozco? ¿Por qué? —murmuró ella.

Aquella conversación tenía un aire conocido, que a Erick le parecía antiguo; como salido de un sueño olvidado, de un

recuerdo vago y lejano; como si ya hubiera sucedido antes, muchas veces. Y, al mismo tiempo, estaba seguro de que nunca se habían visto.

—No... no lo sé.

La princesa alzó una mano para tocarlo, pero justo en ese momento, todo desapareció y Erick sintió que la oscuridad lo engullía una vez más.